

671-672 OPUSCULUM CUADRAGÉSIMO. SOBRE LA CONTENCIÓN DE LA IRA Y LA ERRADICACIÓN DE LAS RENCILLAS.

ARGUMENTO.

Felicita al obispo V. por haberse recuperado de una grave enfermedad gracias a Dios. Aprovechando la ocasión, lo exhorta a contener la ira; a arrancar de raíz cualquier semilla de odio y rencillas que pueda haber en su alma; y finalmente, a perdonar a sus enemigos todas las injurias y ofensas, según el mandato de la ley evangélica.

Al señor V., reverendísimo obispo, PEDRO, pecador y monje, salud en el Señor.

[SOBRE LA CONTENCIÓN DE LA IRA Y LA ERRADICACIÓN DE LAS SIMULACIONES.]

CAPÍTULO PRIMERO. Por qué Dios envía enfermedades.

Verdaderamente es loable el orden de la disposición divina, porque mientras corta, cura; mientras hiere, instruye; sana, mientras inflige la herida. Pues la severidad divina te rodeó con los golpes de una dolencia corporal, venerable Padre, para contenerte como a un niño dócil de la ligereza; por eso te golpeó con el martillo de la disciplina, para purgarte del óxido de la escoria corroída o de la herrumbre superpuesta, y hacerte un vaso útil en la casa del Señor. De ahí que se diga por el profeta sobre los incorregibles e indisciplinados: «Los golpeaste, y no les dolió; los quebrantaste, y no quisieron recibir disciplina (Jerem. V).» Y de nuevo: «En vano sopló el fundidor; las maldades de ellos no se consumieron (Jerem. VI).» De los cuales también en otro lugar la voz divina dice por el profeta: «Toda la casa de Israel se ha convertido en escoria para mí (Ezequiel XXII).» Entonces la casa de Israel se convierte en escoria, cuando el pecador, golpeado por la advertencia divina, cae en el abismo de la desesperación o se exalta con impaciencia contra el justo imperio que lo castiga. Pero, por el contrario, como el metal permanece, la escoria vuela bajo los golpes divinos, cuando cualquier penitente, azotado por el golpe celestial, arroja de sí la herrumbre de los vicios que lo estremecen, y resplandece con el brillo de las virtudes que reflorece y la vida resplandeciente. Esto lo vemos claramente cumplido en ti por la gracia divina, ya que has recibido a todos tus enemigos en gracia, y así, recuperado primero de la salud interior, también hecho sano en el cuerpo, has devuelto la alegría a la Iglesia. Por lo cual, con David, debes cantar a Dios con voz no ingrata: «El Señor me castigó, pero no me entregó a la muerte (Salmo CXVII).» Y con Jonás: «Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé del Señor, y mi oración llegó hasta ti, a tu santo templo (Jonás II).» Luego, las acciones de gracias con el mismo profeta debes concluir las principalmente con este fin: «Pero yo te ofreceré sacrificios con voz de alabanza; lo que prometí, lo cumpliré por mi salvación al Señor (Ibid.).» Nosotros también, que hemos merecido reciberte como perdido, gracias a Dios, ofrezcamos a Él el sacrificio de los becerros de nuestros labios; y con la hija de Raguel, Sara, digamos: «Bendito es tu nombre, Dios de nuestros padres, que cuando te enojas, haces misericordia, y en tiempo de tribulación perdonas los pecados de los que te invocan (Tobías III).» Como mediador, frecuentemente insistí para que te reconciliaras en paz renovada con tus enemigos, para que sacerdotalmente perdonaras a los que injustamente te herían; pero los movimientos de tu ánimo, que un hombre halagador no pudo suavizar, la severidad divina los dominó; y, por así decirlo, aplacó tu ira enojándose. Quiso ciertamente enfurecerse contigo para quitar la saña: derramó el espíritu de venganza para reformar en ti el espíritu de mansedumbre.

CAPÍTULO II. Cómo la ira hace perder la sabiduría.

Cuánto debe evitarse el vicio de la ira, ahora tu prudencia puede probarlo claramente. Pues aquellos que entonces te parecían amargos e indignos de tu familiaridad, ahora disfrutas de su dulcísima afabilidad, y arrojándote seguro sobre ellos, de algún modo te deleitas en los abrazos de una amistad gozosa. Entonces decías con razón: «Mi ojo está turbado por la ira (Salmo VI);» pero ahora puedes cantar con voz alegre: «Los preceptos del Señor son rectos, alegran el corazón; el mandamiento del Señor es puro, ilumina los ojos (Salmo XVIII).» El mandamiento del Señor es, en efecto, la caridad. «Este es, dice, mi mandamiento: que os améis unos a otros (Juan XIII).» Este mandamiento ilumina los ojos del corazón, así como, por el contrario, el rencor y el odio ciegan. «Cualquiera que, como dice Juan, odia a su hermano, está en tinieblas, y anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas han cegado sus ojos (Juan II).» Por el contrario, el Señor dice: «Yo soy la luz que he venido al mundo; y todo el que cree en mí, no permanece en tinieblas (Juan XII).» En verdad, si todo el que cree en Cristo no permanece en tinieblas, y todo el que odia a su hermano, según la voz de Juan, está en tinieblas; aquel que está cegado por las tinieblas del odio mortal, se demuestra claramente que no cree en Cristo.

Por lo tanto, de acuerdo con esta sentencia apostólica y evangélica, se deduce que cualquiera que es golpeado por la ceguera del odio, es contado en vano entre los fieles de Cristo; y cualquiera que es odioso, necesariamente sigue que también es infiel y no tiene fe en Dios, quien ha perdido la caridad instituida divinamente hacia el prójimo. Porque sólo se dice verdadera fe aquella que obra por el amor (Gálatas V). Por lo tanto, debe excluirse de las mentes de los elegidos la ira, que genera odio, que ciertamente turba los ojos del corazón, y los ciega peor con su venenosa descendencia; y cualquiera que es iracundo se destruye verdaderamente a sí mismo, mientras desea la lesión del prójimo o, lo que es más atroz, su muerte. Por eso está escrito: «La ira mata al necio, y la envidia al simple (Job V).» Pero cuando está escrito: «Tú, Señor, juzgas con tranquilidad (Sabiduría II);» cada vez que restringimos los movimientos turbulentos del ánimo bajo el vigor de la mansedumbre, intentamos volver a la semejanza de nuestro Creador. Porque cuando la ira golpea la tranquilidad de la mente, la perturba de tal manera que no se ajusta a sí misma, y confunde la forma de la semejanza interior como el agua agitada; y cuando el corazón fluido es movido por la ira, como la imagen de una ola fluctuante no responde a su origen propio. Por la ira, en definitiva, se pierde la sabiduría, de modo que se ignora qué y en qué orden debe hacerse. Por eso está escrito: «La ira reposa en el seno de los necios (Eclesiastés VII).» De la cual en otro lugar se lee: «La ira también pierde a los prudentes;» porque el ánimo confuso, aunque pueda entender algo sutilmente, deprimido por el peso del vicio letal, no puede cumplirlo. Además, quien se acostumbra a enojarse frecuentemente, nunca podrá obrar la justicia. Alguien podría decir que miento, si el apóstol no hubiera escrito en su epístola: «La ira del hombre no obra la justicia de Dios (Santiago I).» Porque cuando la mente perturbada exaspera el juicio de su razón, no considera recto lo que Dios manda, sino lo que sugiere la furia.

Cuán grande es ciertamente la peste de la ira, se expresa claramente en esto, cuando se nos prohíbe la compañía del hombre iracundo; y como por la sentencia de la antigua escritura, ya, por así decirlo, se le golpea con una especie de excomunión, al ser separado de la compañía de sus prójimos. Dice Salomón: «No te hagas amigo del hombre iracundo, no sea que aprendas sus caminos y tomes un lazo para tu alma (Proverbios XXII).» Y de nuevo: «Mejor es habitar en un rincón del terrado, que con una mujer rencillosa en casa espaciosa (Proverbios XXI).» Por lo tanto, quien no se modera por la razón humana, es necesario que viva solo bestialmente. Por la ira ciertamente se rompe la concordia, por lo que a menudo se viola la sociedad de los que cohabitan. Como está escrito: «El hombre iracundo suscita contiendas, y el hombre furioso abunda en transgresiones (Proverbios XXIX).» Se dice que el

iracundo cava pecados, porque incluso a los malos, a quienes provoca a la locura de la furia, los obliga a hacerse peores por la impaciencia.

CAPÍTULO III. Cómo la ira excluye al Espíritu Santo.

Por la ira, además, se pierde la luz de la verdad, y el rayo del sol inextinguible se oculta a los ojos de la mente oscurecida. Por eso dice el Apóstol: «No se ponga el sol sobre vuestro enojo (Efesios IV).» Porque cuando la ira inyecta a la mente las tinieblas de la confusión, Dios inmediatamente esconde a esta el rayo de su conocimiento. Por la ira ciertamente se excluye el esplendor del Espíritu Santo, cuyo habitáculo no merece ser la mente impía. Por eso se dice por el profeta: «¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y el que está tranquilo, y tiembla ante mis palabras? (Isaías LXVI).» Porque cuando dijo humilde, añadió consecuentemente tranquilo, porque cuando la ira quita a la mente la tranquilidad y la humildad, inmediatamente cierra su habitación al Espíritu Santo; y mientras se eleva por la locura de la furia, para que el Espíritu Santo no entre en ella, la mente se condena a sí misma como con las puertas cerradas. Y se debe saber que la ira a menudo, fingiendo el color de la tranquilidad, presenta la apariencia de la quietud, mientras no se lanza abiertamente a la indignación de la furia: pero mientras tanto, mientras arde más intensamente dentro de la mente como en un horno, aunque exteriormente calle, forma voces clamorosas dentro del foro de la conciencia. Por eso dice Salomón: «La esperanza de los impíos es ira (Proverbios XI).» Y un sabio dice: «Los pensamientos del iracundo son generaciones de víboras, devoran a su madre, la mente.» Los físicos, sin embargo, dicen que el alma del hombre está tripartita. Es, según dicen, racional, irascible, concupiscible.

Por lo tanto, no se contiene sin gran esfuerzo, lo que no surge por accidente, sino que se dice estar naturalmente incrustado. Sin embargo, contra este vicio, como tampoco contra la concupiscencia, no debemos desesperar de la victoria. Porque nuestra naturaleza, a la que se dice que estas cosas están incrustadas originalmente, fue corrompida por la transgresión del primer padre, pero fue reformada al estado de su antigua integridad por la gracia de nuestro Redentor. Y aunque la ley de la carne lucha contra la ley del espíritu, nuestra mente supera fácilmente las tinieblas de su antigüedad, si persevera en el vigor celestial de la gracia que ha concebido renovada. Por eso dice el Apóstol: «Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte (Romanos VIII);» donde se añade: «Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne: Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros (Ibid.).» Pero si la ira o la concupiscencia, que se dice que están incrustadas naturalmente en nosotros, no pudieran ser superadas por el vigor del espíritu, de ninguna manera el mismo predicador insigne habría mandado cosas imposibles. Dice: «Ahora bien, despojaos también vosotros de todo esto: ira, enojo (Colosenses III).» A los Efesios también: «Toda amargura, ira, enojo, gritería y maledicencia sean quitadas de vosotros, junto con toda malicia (Efesios IV).» De la concupiscencia, en verdad, es superfluo proponer ejemplos, que tanto la ley antigua prohíbe, como toda la censura de las Sagradas Escrituras condena.

Por lo tanto, pueden ser superadas por la gracia divina aquellas cosas que se mandan superar por los mandamientos divinos. ¿Qué hay, pues, más detestable que la ira, que ciertamente se vomita del veneno del antiguo dragón, y como un verdadero veneno letal actúa en el corazón de cualquier furioso? «La ira» ciertamente, como está escrito, «tiene un demonio (I Samuel XVIII).» Lo cual también reconocemos por experiencia, si consideramos en orden la historia de Saúl iracundo. Dice la Escritura: «Porque cuando las mujeres de Israel cantaban con panderos y alegría, diciendo: Saúl mató a mil, y David a diez mil; Saúl se enojó mucho, y le

desagradó este dicho en sus ojos.» Luego añade: «Al día siguiente, el espíritu malo de Dios invadió a Saúl, y profetizaba en medio de su casa (I Samuel XVIII).» Aquí vemos claramente lo que leemos escrito, que la ira tiene un demonio. En Saúl, en efecto, el corazón precedió a la ira, e inmediatamente introdujo el espíritu de la maldad: luego encendió su arrebató en el celo de la furia insana, y lo incitó a matar a David, a quien habitaba el Espíritu Santo. Porque, según la Escritura: «Saúl tenía una lanza y la arrojó, pensando que podría clavar a David con la pared (Ibid.).» Rugía en su pequeño vaso el espíritu autor de la ira, y lo inflamaba contra el inocente con las llamas del odio mortal.

CAPÍTULO IV. Ejemplo de un presbítero entregado al diablo por la ira.

Algo casi similar ocurrió hace casi una década en el territorio de Urbino, lo cual llegó a nuestro conocimiento, más por la presencia misma del hecho que por la fama que lo divulgaba. Al caer la tarde, en los corazones de dos presbíteros el sol inextinguible se ponía, y el espíritu autor de la discordia los encendía mutuamente con injurias y disputas de agravios. Y mientras un presbítero laceraba al otro con insultos de contumelia, y el otro lo rociaba con mucho sal de mordacidad y relatos de maldiciones, uno de ellos, tronando amenazadoramente y rechinando los dientes, tomó una lanza y emprendió el camino, y comenzó a dirigirse a su casa, situada a cierta distancia, con pasos furibundos. Pero cuando ya la oscuridad de la noche lo cubría, y las tinieblas interiores poseían más perniciosamente su corazón, he aquí que cinco jinetes negros con caballos igualmente negros se le presentan, y el que parecía ser el mayor entre ellos le increpa: Muchas veces, dice, insistí para que te sometieras a mí, para que entraras en la clientela de mis compañeros.

Habiendo escapado tantas veces, ya no podrás evadir el yugo de mi dominio. Parecía ser un noble llamado Romano, que frecuentemente lo había instado a que se sometiera a él. El presbítero, golpeado por el horror de un terror extremo, a la orden del que mandaba, juntó ambas manos, y besando las manos de aquel al modo de los rendidos, se encomendó como si estuviera bajo la protección de su fe. A lo cual corresponde lo que dice Salomón: «Mano sobre mano, el malvado no será inocente (Proverbios XI).» Entonces aquel le preguntó: ¿Sabes quién soy? Él respondió de inmediato: ¿No eres tú mi señor Romano? Pero él: Lejos de eso, lejos de eso; pero yo soy, dice, el diablo, a quien ahora estás entregado, y de aquí en adelante atado en sociedad indivisible.

Permanece, pues, en la fe, y guarda lo que has prometido; y después de estas palabras o gestos, desapareció de inmediato. Entonces él, temblando, confuso y aterrorizado, llegó a su casa no sin gran horror de trepidación: poco después se acercó al obispo de santa memoria, Teuzón de nombre, también yo presente, como suplicante de penitencia. A quien inmediatamente, despojado del oficio de la dignidad sacerdotal, cuando el calor estival ardía entonces, y el tiempo de las segundas cosechas se acercaba, según la regla del canon, le impusimos la reclusión en custodia carcelaria: le fijamos un tiempo de penitencia de años con moderación adecuada: y todos lo exhortamos para que sin duda se recuperara en la esperanza de una recuperación segura. En este hecho se percibe claramente que el iracundo, mientras se enciende con el celo de la furia desmedida, según el testimonio de la Escritura, es poseído por un demonio. ¿Acaso no es movido por un demonio el iracundo, que a veces se mueve a castigar la inocencia de alguien que no lo hiere, sino que más bien le obedece? Porque mientras carece del juicio libre de la mente, ejerce la venganza de la animadversión vengativa incluso contra cosas insensibles. Lo cual ciertamente se descubre que hizo Ciro, rey de Persia, como profesa Heródoto, escritor de la historia antigua. Quien, rodeado de tropas de soldados, al vadear el río Gnydes, uno de los jinetes reales, sobresaliente en blancura y forma, al entrar por el lecho voraz, donde se levantaban remolinos al tropezar con el vado, es

absorbido naufragando por las olas precipitantes. Entonces el rey, movido por la ira, decidió vengarse en el río, declarando que el que había devorado al noble jinete debía ser dejado tan permeable, que apenas pudiera alguna vez alcanzar las rodillas de las mujeres. Por lo tanto, se dice que perpetuó un año entero en este ridículo trabajo, y al abrir muchas zanjas a ambos lados, como si lo hubiera herido con tantas heridas por los flancos, dividió las aguas del río en cuatrocientos sesenta arroyos; así, así obligó a fluir como la sangre de su enemigo, y empobreció la rica vena en la que el tirano había enfurecido.

CAPÍTULO V. Cómo la ira hace al hombre demente.

Ves, pues, cómo la ira hace al hombre demente, que mientras ejecuta lo que la impaciencia sugiere, se expone a sí misma como alimento de burla a los que se ríen. Porque por todo vicio que los hombres cometen, de diversos modos ciertamente el veneno del enemigo somnoliento se infunde en el corazón miserable. En la peste de la ira, sin embargo, la serpiente sacude todas sus entrañas, vomitando y derramando toda la amargura de la hiel; de tal manera que hace al prudente carente de mente, al racional furioso, al ingenioso insano. Enajena a los miserables, y los obliga a enloquecer como arrebatados. Lo cual, aunque está prohibido a todos los cristianos, sin embargo, debe ser especialmente evitado por los sacerdotes. Porque cuando la verdad manda en común a todos los fieles, que cualquiera que esté en discordia deje su ofrenda ante el altar, y no se atreva a ofrecerla antes de reconciliarse con su hermano ofendido (Mateo V), cuánto más debe hacerlo el sacerdote, que no va a ofrecer el peso del metal, ni la perla corruptible, ni ciertamente los manojos de las cosechas, sino el sacramento de la eucaristía vital! Y cuando aquella singular hostia fue ofrecida al principio por los enemigos, testificando el Apóstol que dice: «Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Romanos V);» ¿con qué mente el sacerdote se atreve a acercarse a tan terrible sacramento, con qué audacia de temeridad se atreve a acercarse al banquete celestial, si mientras celebra el misterio de la reconciliación, desprecia reconciliarse con su hermano? El enemigo ofrece la hostia, que disuelve las enemistades, se acerca al misterio de la paz sin paz; cuando es mayor sacrificio perdonar al pecador que inmolar las hostias de alabanza; y es más placentero a Dios el holocausto de buena voluntad que el sacramento de la víctima exterior.

Por lo cual no creemos ocioso si se inserta en estas palabras lo que se divulga por la relación célebre de algunos. Un hombre, como se dice, mató a otro más poderoso que él, de cuyo hijo, según la costumbre del mundo, no según las leyes del Evangelio, sufrió muchas molestias de guerras: el vengador del asesinato paterno anhelaba tanto la matanza de hombres como traía frecuentemente botines de saqueos. En estas angustias, pues, el homicida, decidido a acudir al vestigio imperial, si acaso pudiera encontrar algún consuelo a tantas calamidades. Al enterarse de esto, el vengador de la sangre paterna lo persigue, y lo sigue diligente, ya sea para constreñirlo por la ley de los tribunales, o para oprimirlo de repente con espadas. En las partes de los teutones entonces el emperador residía.

Cuando, pues, avanzando con modestia, caminaba como si estuviera seguro, y el que lo seguía se apresuraba más rápidamente, finalmente sucedió que, al acercarse el uno al otro, ambos se encontraron cara a cara. Pero como el que era culpable de homicidio apenas contaba con la ayuda de cuatro o cinco compañeros, mientras que el hijo del asesinado estaba rodeado por casi treinta hombres armados, exhortó a su grupo a huir. Al darse cuenta de que no podía escapar de las manos de los perseguidores, buscó el amparo de su alma, y se refugió en la sombra de la humildad. Así, arrojando sus armas y extendiendo los brazos en forma de cruz, se postró en el suelo, esperando ya sea el perdón de los misericordiosos o los golpes de

los que lo herirían. Pero el que ya era victorioso, por reverencia a la cruz, contuvo su mano, e incluso prohibió que alguien lo hiriera: finalmente, haciendo una paz completa, en honor a la santa y vivificante cruz, no solo le perdonó la vida, sino también la ofensa de la muerte de su padre.

Con esta insigne victoria lograda, en la que no solo fue vencedor del otro, sino de sí mismo, y, por así decirlo, no tanto del enemigo como de su propio corazón, se dirigió a la corte del rey, ya que no estaba lejos: pero tan pronto como entró en la iglesia para orar, ocurrió algo maravilloso y asombroso, la imagen del Salvador, que se ve representada en la cruz, se inclinó tres veces con la cabeza para saludarlo. ¡Oh, qué glorioso y notable reconocimiento, que mereció recibir reverentemente del autor de la misericordia, quien por reverencia a Él había renunciado a la venganza; y recibir de Él el honor de la salvación, por quien había pospuesto la venganza contraria a la salvación! Al enterarse de esto, el emperador lo recibió con una afabilidad honorable y afectuosa, como correspondía, y lo enriqueció con una generosa liberalidad de dones. ¡Oh, si ese hombre hubiera ejercido el oficio del orden sacerdotal, con cuánta confianza podría haber ofrecido un don a Dios! Por el contrario, cualquiera que acumule confusiones de ira u odio en su corazón, y espere el tiempo de la retribución vengativa, ¡cuán perniciosamente, cuán nocivamente se acerca a los sagrados altares! Porque lo que está destinado a ser un aumento de refrigerio se convierte en un incendio para los hombres.

CAPÍTULO VI. Prodigio que ocurrió a un presbítero salernitano celebrando misa.

De ahí que tal vez ocurrió lo que el venerable Alfano, arzobispo de Salerno, relató que le sucedió recientemente a uno de sus presbíteros: este presbítero, ciertamente, no era moderado en acumular ganancias de dinero, captando usuras de viudas y viviendo de otra manera en una conversación carnal. En una ocasión, mientras celebraba el oficio de las misas, durante la misma fracción del cuerpo del Señor, de repente tres chispas de fuego surgieron del mismo sacramento celestial y se lanzaron terriblemente contra el pecho del celebrante: lo que ciertamente pudo haber sido, lo juzgará la prudencia de quien lo investigue sutilmente.

Tampoco creo que deba pasarse por alto en silencio lo que el mismo rector de la Iglesia de Salerno, y el religiosísimo y veracísimo abad del monasterio de Montecassino, Desiderio, me dijeron con una sola voz, por así decirlo; que un obispo, cuyo nombre me escapa por el momento, mientras estaba consagrando una iglesia en cierto castillo, pidió al que entonces era electo de la Iglesia de Benevento las reliquias del confesor San Barbato. Este, accediendo a los deseos fraternales, introdujo las sagradas reliquias en una urna purísima, selló adecuadamente, y en el día señalado envió los dones secretos al solicitante a través de un monje fiel. Pero tan pronto como se rompió el sello y se abrió la caja, se encontró completamente vacía. El mensajero se asombró de la ausencia de las reliquias que creía incluidas; el obispo lamentó haber sido frustrado en su esperanza; sin embargo, ante la insistencia del propósito, se dedicó la iglesia. El mensajero regresó, llevando de vuelta la caja vacía, como creía. Pero he aquí, mientras caminaba, sintió que algo se movía dentro de la urna: inmediatamente abrió el recipiente, y encontró que contenía todo el sacramento de las venerables reliquias, tal como lo había recibido para llevar; poco después, la mencionada iglesia fue completamente destruida, y también todo el castillo en el que había sido establecida; lo cual, ciertamente, no pudimos determinar con certeza si ocurrió por el mérito del sacerdote o por algún otro juicio divino.

CAPÍTULO VII. Quien desprecia cumplir un voto parece infeliz.

También ahora viene a mi memoria lo que el mencionado arzobispo de Salerno relató que le sucedió a uno de sus ciudadanos. Atrapado en una tormenta en el mar, se comprometió con afectuosa promesa a convertirse en monje: pero, rescatado del naufragio, despreció cumplir su voto por amor a esta vida. Al cumplirse el año, el mismo día en que había ofrecido a Dios el voto de su conservación, es decir, en las Calendas de enero, mientras corría de un lado a otro, liderando coros con niños que jugaban y reían, y pronunciando algunas palabras frívolas y bufonescas, de repente una piedra cayó del techo sobre él y lo aplastó. Así, el infeliz que voluntariamente despreció abandonar el mundo, lo perdió involuntariamente; y perdió la engañosa dulzura de la carne, quien amando la carne mintió a la verdad.

A este, pues, le sucedió lo que está escrito: «Antes de la ruina se exalta el corazón (Prov. XVIII).» Y aquello del Apóstol: «Horrible cosa es caer en manos del Dios vivo (Hebr. X):» Porque si la ira del Dios vivo debe ser temida por todos los pecadores, ciertamente debe ser temida más intensamente y terriblemente por aquel que sufre del vicio de la impaciencia. Quien, mientras en su pecho alberga el torbellino de un ánimo airado, provoca en sí mismo el movimiento de la furia divina por su propia ira. ¿Qué puede ser más justo que la ira merezca ira? ¿que la venganza engendre otra venganza en talión? Por eso el sabio dice: «Quien quiere vengarse, encontrará venganza de parte de Dios, y sus pecados, guardándolos, los reservará (Ecl. XVIII).» Por el contrario, aconseja saludablemente, diciendo: «Deja a tu prójimo que te hace daño, para que entonces, cuando te suplique, se le perdonen sus pecados (Ibid.):» donde inmediatamente añade como argumentando: «El hombre guarda ira contra el hombre, y ¿busca curación de Dios? ¿No tiene misericordia de un hombre semejante a él, y de sus propios pecados suplica perdón?» (Ibid.) Aún más, como indignándose, añade: «Él, siendo carne, guarda ira, y ¿pide propiciación a Dios?» (Ibid.) Y como si la oración por el iracundo no pudiera ser escuchada mientras persiste en la ira, convenientemente añade: «¿Quién intercederá por sus pecados?» (Ibid.)

Y porque cuando se nos recuerda que la muerte vendrá rápidamente, es necesario que el tumor de la ira se reprima de inmediato, añade apropiadamente: «Recuerda los últimos días, y deja de enemistarte; recuerda el temor del Señor, y no te enojas con tu prójimo (Ibid.).» Reprímase, pues, el furor de la ira en el corazón, para que nunca pueda estallar en voz. Como también se dice en el Eclesiastés: «Quita la ira de tu corazón, y aparta la maldad de tu carne (Ecl. XI).» Porque a la ira, como a un río voraz y precipitado, el Señor ha puesto el freno de tres obstáculos. En los cuales, ciertamente, ha mandado que el ímpetu del furor sea contenido por el freno de la disciplina. 680 Primero, en el corazón; segundo, en la garganta; y la última meta de oposición la fijó en la voz: «Todo aquel, dice, que se enoja con su hermano, será culpable de juicio;» aquí puso el obstáculo del corazón: «Pero el que diga raza, será culpable ante el concilio;» he aquí el obstáculo de la garganta: «Pero el que diga fatuo, será culpable del fuego del infierno (Mat. V);» he aquí el obstáculo de la voz. Estas son, pues, las oposiciones, y como ciertas barreras y defensas del imperio celestial, con las que se reprime el ímpetu de la ira y el furor; y para que no, como un río voraz, derribe todo lo que encuentra a su paso, se contiene bajo el juicio de la disciplina racional. Sea, pues, nuestra mente no como el vidrio, que al primer golpe de percusión se rompe impacientemente, sino más bien como la veta de un metal precioso, que se purifica bajo el golpe del martillo. El vidrio sería ciertamente mucho más valioso que todos los brillos de los metales, si no cediera al primer golpe, si con la solidez de su fuerza nativa soportara la injuria de la percusión. Pero como se rompe rápidamente, entre las demás especies de metales se juzga igual y despreciable. El vidrio, ciertamente, se hace de arena por la industria del arte humano, y por eso se ve obligado a conservar la naturaleza de su fragilidad innata.

CAPÍTULO VIII. El excelente artífice del vidrio que recibió una recompensa del emperador Tiberio.

Sin embargo, la historia relata que un artesano bajo el emperador Tiberio ideó un cierto temperamento por el cual el vidrio se volvía dúctil y flexible, y, según la naturaleza de cualquier metal, permanecía intacto y sólido al golpe del que lo golpeaba. Cuando fue admitido a las puertas del palacio real, presentó al emperador una copa, templada con este arte que había ideado. El rey, indignado, la arrojó de inmediato al suelo: la copa, sin embargo, no se rompió en absoluto, sino que se encontró doblada de un lado, como un vaso de bronce o plata. El artesano levantó inmediatamente la copa del suelo, sacó un pequeño martillo de su seno, y corrigió el vaso, no roto por una grieta, sino torcido oblicuamente, al modo del metal. Hecho esto, el César, admirado, dijo al artesano: ¿Hay alguien más aparte de ti que sepa hacer esta composición de vidrio? El artesano juró que no había nadie sobre la tierra, excepto él solo, que comprendiera el ingenio de este arte. Al oír esto, el César ordenó que lo decapitaran de inmediato; pensando, ciertamente, que si la exquisita sutileza de este arte llegara al conocimiento común de los hombres, el oro sería despreciado como lodo, y todas las especies de metales se volverían despreciables: y en verdad, si a la naturaleza tan frágil del vidrio le faltara, a saber, que hecho dúctil, admitiera el golpe del que lo golpea, ¿qué brillo de metal podría igualar la transparencia de la claridad del vidrio? Así que, para volver a nuestro propósito, así como la naturaleza frágil del vidrio lo deprecia y la fuerza de la solidez recomienda los demás metales; así, por la ira, toda la estructura de las virtudes se derrumba, y por la majestad de la paciencia imperial se construye en nosotros una morada para Dios, resplandeciente con el brillo de las gemas resplandecientes. Así como aquella erradica las virtudes, esta las hace germinar.

681 CAPÍTULO IX. Cómo el Beato Pedro Damián, propenso a la ira, la modera.

Por otra parte, a mí, que escribo esto de alguna manera, me estimula la mezcla de la ira natural, y a menudo cualquier ofensa leve perturba los secretos de mi tranquilidad; de modo que en mí, a menudo, lo que apenas es un leve pinchazo de aguja o espina, me parece haber sido perforado por un dardo. Juzgo una vara ligera como una pesada, soportando un golpe suspiro por un plomazo. Pero esto es internamente, en cuanto a la obra, que la ira diga lo que quiera, rechine, brame, rechine los dientes: en todas estas cosas que me sugiere interiormente, en cuanto pueda negarlo, no tendrá mi ayuda exterior: aunque se infle, se hinche, se enfurezca, se enfurezca, se hinche, no le daré mis miembros para que a través de ellos, como armas, logre lo que intenta. «No ofrezcáis, dice el Apóstol, vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado (Rom. VI).» No le doy mi mano para que, inflada, golpee o arrebate algo. No muevo la lengua, no muevo los labios para que a través de ellos derrame la amargura de su hiel.

Así, mientras niego completamente estos auxilios a la ira que se enfurece, es necesario que pronto, como una llama sin alimento, se apague o desaparezca por completo, o pase como el viento a través del aire sin obstáculos, mientras falta el obstáculo en el que se precipite. Se repliega sobre sí misma, al no encontrar la materia del combustible en la que pueda ejercerse. Esto respondo a la ira, lo mismo que a la lujuria que me tienta. A veces la lujuria me enciende, me inflama, sacude mis entrañas, levanta mis genitales; pero en todas estas cosas, que haga lo que pueda con sus propias fuerzas; porque no puede tener mi cooperación. El furor de la ira clama, lo oigo; el ardor de la lujuria arde, lo siento; pero no extendiendo la mano de ayuda a esos clamores, ni suministro el combustible del alimento a esas llamas furiosas; no les llevo ayuda vengándome, no les insufla a través del efecto de la lujuria. Así, es necesario que el furor de la ira se disipe y se extinga, y el ardor de la lujuria se apague, mientras no se

le suministra el combustible de la materia. Puedo, ciertamente, reprimir la naturaleza con la razón, no borrarla por completo: puedo suavizarla, no extinguirla del todo. Que cada uno haga en mí lo que quiera, es necesario que busque la paciencia dentro de mí mismo, y no debo esperar el fruto de la recompensa de la virtud ajena. Porque donde faltan las batallas que provocan, no se ofrece la victoria que corona. En vano se opone el escudo, donde no se vibra la punta del dardo o la espada. Si la llama del horno se apaga, no se prueba la pureza del metal; así, no me hará paciente la mansedumbre ajena, sino que dentro de mí deben erigirse las fortalezas de las torres, que arrojen y repelan de lejos los torbellinos de los dardos que se aproximan.

Esto te he dictado, venerable Padre, de manera inexperta, no para enseñarte, quien eres, por la gracia de Dios, doctor de la Iglesia; sino para poder beneficiar a los turbulentos y a los semejantes a mí bajo la ocasión de tu alocución. Sin embargo, no temo que tu santa prudencia lo tome a mal, si algún joven se atreve a sugerirle algo con humildad, ya que no ignora que el Señor dijo a los hombres con voz profética: «Venid y discutid conmigo (Is. I).» Y que Moisés, el compañero del Señor, escuchó pacientemente a Jetró, un hombre gentil, decir: «Te consumirás con un trabajo insensato (Ex. XVIII).»

Que el Dios Todopoderoso, que te ha devuelto a nosotros, venerable hombre, sano y salvo, te haga evitar toda la suciedad de los vicios, y como un vaso cocido por el fuego, te infunda la claridad de las virtudes espirituales.

Bendito sea el nombre del Señor.